ABC 7 junio 1945

ELEGIA AL B. 38.701

En ese osario de automóviles, cercana la estación de Atocha—allí donde el tren enhebra por fin, la vía necesaria—, entre esa informe carroña de acero que ha aplastado para siempre las amapolas antiguas, yaces tú, sin duda alguna, viejo y amado coche mío, al que un día tenebroso de noviembre de 1936, vi pasar por última vez, con una siniestra dotación a bordo, desde mi escondrijo de refugiado, con fusiles amenazantes en tus pacíficas ventanillas, y unas groseras iniciales de pintura blanca grabadas, torpemente, en las portezuelas. Estas, que aquí veo de familiar hechura en mis recuerdos, agujereadas por el ojal de las balas, podrían ser las tuyas, tantas veces abiertas, cortesanamente, para mi ilusión, rumbo a dulces caminos; este motor, podría ser el tuyo, con su sístole y su diástole fidelísimas, a pesar del aceite ni grato, empobrecido y bohemio que lo lubrificaba; estos múltiples varillajes, los de aquellos frenos que me cuidaban paternalmente en las cuestas abajo, y los de aquel acelerador con el que hostigaba los diecisiete corceles mecánicos en el Marathon de las cuestas arriba... ¿Habría en Hammerling algún flautista capaz de conjurar a fusión nueva todas las piezas, aventadas, de mi coche amado? ¿O no existe para la chatarra resurrección posible y sí sólo—esto sí—la esperanza de una metempsícosis de la materia, que convierta, poéticamente, el bastidor en ancla, el pistón en vasija hogareña y en conventual celosía el panal del radiador, donde bulle el agua al coronar los puertos...? Yo ~~transito~~ deambulo, imaginativamente, entre tus calles, cementerio de faros apagados, sin fuegos fatuos, cementerio de óxido y verderín, sin flores, cementerio de matrículas sin lápidas ni patéticos adioses... Asientos desventrados con la espiral de los muelles como una copa de fantasmas al aire; salpicaderos ciegos con la aguja de los marcadores, fija en la velocidad postrera; mascotas para la proa aligera de los risueños viajes, tan fracasadas que no supieron proteger del robo, ni de la destrucción, ni de la muerte; entrañas misteriosas de los embragues, de los cigüeñales, del diferencial, sólo alguna vez vistas en los quirófanos del taller, desengranadas ahora, sin el aliento unánime que les prestaba antaño eficacia y ritmo... Yo ~~deambulo~~ me muevo entre vosotros, espectros que luciais en el Retiro y en la Castellana, y me dejo conmover por vuestra caducidad como si fuera la de un ser vivo. En esto han terminado aquellas caravanas de los toros y aquel galopar hacia la sierra y aquella firme salud de los atardeceres, cuando la noche, próxima dába a los carburadores su respiración mejor, y aquel beber los salobres kilómetros frente al mar, de las carreteras de cornisa... Incierta chatarra de mi coche, multiplicadora de mi placer, minuendo de mis trabajos, dispersa seguramente en mil distintas sepulturas, *puzzle* insoluble de hierro, abocado a la fosa común de la fundición: yo paso ante tu osamenta irreconocible, cargado de melancolía y de Kempis. Paso en tren—ya ves mi delicadeza—no con el deseo cínico de ocultarte que tengo otro nuevo a mi servicio y de fingir una orfandad de peatón, sino para poder confesarte, sin ofender a nadie, que jamás emparejé tan bien como contigo, ¡oh, tú, mi primer amor rodado!, ágil, nervudo y sobrio hasta el prodigio, caído para siempre, Dios sabe en qué escalada, en qué cuneta, en qué criminal maniobra... Con tu cartón de propiedad, que aún guardo como un contrato de esponsales, yo te prometo, ¡oh, fenecido, oh descuartizado 38/701!, llenar de alegría tus huesos de metal cuando se inicie este verano. Era—¿te acuerdas?—allá por julio, nuestra etapa de más larga convivencia. Alada casa mía, navegante hacia el iodo del rompeolas y al oxígeno de la alta cordillera: ¡con cuánto celo te calafateaba de grasa y caucho para el estío! Pues bien; en éste, como si aun me aguardaras fiel, a la puerta de mi hogar o de mi despacho, o del *cine*, yo tomaré tu cartón de propiedad y te daré de alta: vida fiscal he de ofrecerte ya que no física. Después, sobre el inmenso cementerio de coches, donde a la espera de un Josafat de altos hornos, yaces, impersonal y anónimo, depositaré, como una flor, tu patente del tercer trimestre para el año en curso.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO